



**COORDENADAS**

# Pensar a tiempo

Por **Ariel Colombo**

*Ariel Colombo reflexiona sobre la relación entre democracia, acción política y tiempo, y propone reemplazar la concepción de la democracia como un sistema para definirla como una regla inmanente a la acción política.*

La pregunta en América del Sur es si sus experiencias de democratización *perdurarán* más allá de los cronogramas objetivos y darán tiempo a derrotar al bloque golpista para trascenderse a sí mismas. La respuesta obvia sería la de proseguir sin tregua con las iniciativas de reforma; sin embargo, lo que pudo probarse exitoso en un momento puede no serlo en el siguiente. Los extraordinarios avances no eximen de la reflexión autocrítica, aunque el análisis político tiene poco que aportar con su óptica descriptivista, que sigue considerando al tiempo una cuestión excéntrica e inasible, fijándolo como constante naturalizada en relación a la cual todo cambia menos él mismo. Es que abordarla obliga a desplazar el foco puesto en la estabilidad del *sistema* a la continuidad de la *acción*, porque probablemente la democracia no sea un sistema. Si lo fuera, registraría una tendencia al equilibrio con una capacidad de adaptación *infinita* de todas sus partes al cambio, lo cual no se verifica y tiene que postularse dogmáticamente.

Si, por el contrario, la democracia es una norma reguladora interna a la acción, se enfrentará a un dilema. Rousseau, su primer teórico moderno, encontró que la democracia o es imposible o es irracional. El surgimiento de la voluntad general depende de condiciones que deben resultar de su propio ejercicio. Las condiciones para la revolución derivan de una legislación revolucionaria. Arrow, casi dos siglos después, formalizó la paradoja: ante la intransitividad de las preferencias no habría ningún procedimiento no dictatorial y no manipulable. Al no poder resolverla, el pensamiento político posterior se deslizó hacia el corte axiomático, o decisionismo. Esto último, por ejemplo, se constata cuando la derecha y parte de la izquierda usan la perífrasis “populismo autoritario” al evaluar los acontecimientos sudamericanos en términos sistémicos, según un mecanismo de “mano invisible” o de

interdependencia anónima, como la competencia del libre mercado o el intelecto general de la multitud, que excluyen la perspectiva de una voluntad política intencional.

Si el tiempo no es una variable externa a la acción política tampoco puede ser un objeto a manipular, y habría que indagar, primero, si no es el resultado de una práctica que, coherente con alguna regla de justicia inmanente, impone una interrupción de la historia, liberando de la causalidad un intervalo que puede convertirse en un plazo, en condición de posibilidad temporal de un movimiento democrático independiente del coeficiente de adversidad y segundo, si finalmente esas reglas de justicia no serían las que pondrían a salvo a la voluntad de acción tanto del deductivismo o petición de principio como de la arbitrariedad.

### **Tiempo, política y razón en el pensamiento político contemporáneo**

Hay aproximaciones al respecto, pero no frontales. Las argumentaciones más elaboradas y originales no abordan este hueco de la razón. Más bien, caen por él. Los núcleos de la *razón comunicativa* de Jürgen Habermas (1989), de la *razón estratégica* de Adam Przeworski (1988), de la *razón populista* de Ernesto Laclau (2012), y de la *razón retroactiva* de Slavoj Žižek (2008), presuponen al tiempo como dato y horizonte indefinidamente desplazable, y desconectan a la acción de la *finitud* de un plazo, justamente la que es crucial para las propiedades de irreversibilidad, acumulación, incrementalidad y progresión del cambio.

En Habermas la acción surge informalmente al quedar bloqueada la comunicación institucional, con el propósito de remover los obstáculos del diálogo. Si este es quebrantado porque las pretensiones de validez fueron impugnadas, hay que retroceder al plano argumentativo para defenderlas bajo la presuposición de que sólo serán válidas las decisiones que todos los afectados acuerdan en un debate sin restricciones. Este principio es inevitable: para rechazar la argumentación tenemos que usar argumentos. Sin embargo, llegado el caso, podrá ser suspendido, o hacer sólo “como si” fuese practicable, porque la presión temporal obliga a introducir otras reglas, como la de la mayoría, que interrumpe la deliberación para hacer posible la decisión. Tal relativización del principio del discurso desestabiliza hacia atrás a toda la pragmática universal. Si el debate puede dejarse de lado porque falta tiempo para llegar al consenso racional, entonces se impone un consenso fáctico que, aunque sea mayoritario, puede ser



completamente arbitrario. Si un público es impotente ante los imperativos sistémicos, el vínculo entre acción y democracia quedará trabado de antemano por destemporalización, o sea por la desconfianza políticamente inducida sobre la base de la coacción de necesidades materiales que no pueden posponerse. Si el déficit temporal bloquea al “mejor argumento” es porque condensa asimetrías materiales y cognitivas que son, precisamente, las que el debate debería tener por objeto. Para no ser diferido, el principio moral tendría que contener sus condiciones de autoaplicación, algo que Habermas no contempla. No casualmente se resignará a movimientos sociales que *asedien a la fortaleza* sin que deban intentar abordarla y que sólo buscarán influir indirectamente a través de la opinión pública, una soberanía descentrada sin sujeto. Las premisas de racionalidad comunicativa operan, supuestamente, como criterio de crítica a la colonización sistémica, pero esta nunca podrá ser superada.

Si se observa el periplo del movimiento verde alemán, en su momento el más fuerte y radicalizado de Europa, se constata que mientras impugnó el *statu quo*, no pudo alterarlo, y cuando se integró al sistema de partidos, viró hacia posiciones reaccionarias. Para Habermas, la transformación sólo puede desplegarse como proceso constitucional que se corrige a sí mismo, como proyecto que perpetúa el acto fundacional prosiguiendo de generación en generación. Dado que una asamblea constituyente no puede garantizar la legitimidad de las reglas por las que ha sido elegida, y que el proceso democrático seguirá un *regressus ad infinitum*, en lugar de recurrir a un punto de vista moral último que podría detenerlo, entiende a la regresión misma como expresión del carácter abierto hacia el futuro de la constitución de un Estado de derecho. Esta continuidad falible sólo rompe con aquella circularidad si se concibe como aprendizaje “a largo plazo”. Sin embargo, tampoco en este terreno hay evidencias y ese largo plazo tiende al infinito. La Constitución de los EE.UU., a la que alude no ha sido perfeccionada salvo como sistema de alternancia sin alternativas que petrifica *sine die* asimetrías extremas y desactiva la conflictividad mediante su externalización imperial. Es que el Estado de derecho liberal, cuyo origen fundante es el crimen, consagra el aplazamiento como política inherente a la derecha y posterga la remoción de los límites a la soberanía popular. Este rechazo de la democracia en nombre de derechos prepolíticos no surge de una deriva decadente; estuvo prevista por sus “padres fundadores”. Madison pensó la república en términos de libertades que contienen al poder y liberan a la sociedad de tener que



definir el bien común para poder buscar únicamente el bien privado. Las diversas líneas del conflicto social se cruzarán, y al cruzarse neutralizarán espontáneamente su intensidad. Esta concepción que toma a los individuos como son y no como debían ser, opuesta a la de Rousseau, se traduce en la división vertical y horizontal del poder que reproduce ese cruce que conlleva la parálisis institucional a partir de la cual las élites políticas pueden negociar cartelizadamente la explotación política de la ciudadanía. Este modelo de despolitización fue imitado por las constituciones latinoamericanas y es el que está actualmente en pugna con la democratización en curso, la cual, por el contrario, tiene sus raíces en otra tradición inaugurada por la práctica política de los *sans-culottes* en alianza con el jacobinismo robesperriano, que concibió a la república como “democracia en acción”. La frontalidad del choque entre estas placas tectónicas se debe a que el primer modelo se conforma al automatismo sistémico mientras el segundo encarna a la voluntad política intencional. No casualmente la batalla se centra en la institución presidencial, la cual en tales circunstancias sale del decorado institucional y se transforma en un mecanismo de democracia directa.

En Przeworski los pactos entre asalariados y empresarios son factibles con un bajo nivel de movilización y un techo o máximo distributivo a partir del cual la derecha fuga sus capitales o convoca a una dictadura. La transformación sería imposible más allá de este límite. Aún antes de ser alcanzado, los capitalistas responderán con la desinversión, haciendo retroceder el ingreso per cápita promedio por debajo del ingreso del votante mediano, alienando

***Este rechazo de la democracia en nombre de derechos prepolíticos no surge de una deriva decadente de la democracia liberal; estuvo prevista por sus “padres fundadores”. Este modelo de despolitización fue imitado por las constituciones latinoamericanas y es el que está actualmente en pugna con la democratización en curso, la cual, por el contrario, tiene sus raíces en otra tradición inaugurada por la práctica política de los sans-culottes en alianza con el jacobinismo robesperriano, que concibió a la república como “democracia en acción”.***



los votos que se ubican entre este votante y el votante que por encima de él recibe el ingreso promedio, que son los que precisamente se requieren para alcanzar una mayoría electoral e iniciar la transición hacia otro tipo de sociedad. Es decir, ante un *valle de transición*, o deterioro material transitorio, los ciudadanos son disuadidos por la propia lógica del sistema. Será racional para ellos, si son cortoplacistas, seguir la trayectoria capitalista y ajustarse prudentemente a ella en términos socialdemócratas. La prolongada y generalizada capitulación que comenzó en los 70 cuando los laboristas británicos llegados al gobierno luego de una dura huelga de mineros y que después de prometer “exprimir impositivamente a los ricos” tuvieron que recurrir al FMI a través del Departamento de Estado frente a la incontrolable salida de capitales, exime de comentarios. Thatcher dirá que se limitaba a aplicar la política de los laboristas.

No habría forma de superar la disyunción porque al ser desafiado el sistema incrementa automáticamente la tasa de descuento temporal de la clase media, que no toleraría ni provisionalmente un retroceso en su nivel de vida. La izquierda que tuviera una estrategia al socialismo nunca podría obtener la mayoría, aun cuando hubiera convencido a la sociedad de que a la larga estaría mejor en el socialismo que en el capitalismo. La imposibilidad es endógena. Los trabajadores tendrán que aprovechar la segunda mejor opción, que es el compromiso de clases, y el potencial democrático de la acción oscilará dentro de un rango de variación que no trasciende los parámetros capitalistas. Si resolvieran apartarse, añade Przeworski, tendría que ser sobre la base de necesidades como la de “tiempo libre”, no en función de intereses materiales de corto plazo para los cuales el capitalismo sigue siendo más eficaz. Algo que será difícil de satisfacer, advierte, porque se presentaría otra situación bloqueadora: si los trabajadores demandan una reducción del tiempo de trabajo, los capitalistas se volverán intensivos en mano de obra, y si reclaman pleno empleo, se volverán intensivos en tecnología.

Ante esta aparente inexorabilidad hay que desistir no de que las decisiones de inversión pasen a la democracia sino de esperar que aparezcan necesidades de ese tipo en un sistema cuya lógica es destemporalizadora. En el último ciclo capitalista iniciado con la segunda guerra mundial hubo en realidad dos tipos de compromisos sucesivos: el *hegemónico*, que corresponde al intento de mundializar el New Deal hasta el abandono por Nixon del patrón oro; y el *extorsivo*, desde el 72 hasta la actualidad. Este surge, precisamente, como reacción defensiva de los sectores dominantes,



aterrorizados ante la insurgencia de masas en todo el mundo, y que estuvo a punto de acceder a Estados con capacidad de capturar los incrementos de productividad y evitar su transnacionalización. Estas dos formas sucesivas de dominio, la hegemonía y la extorsión, surgieron cuando el capital ya no tuvo fronteras espaciales que atravesar para escapar de las luchas políticas que universalizaban derechos y pudo reproducirse a escala ampliada. A mediados del siglo XX sustituyeron a la expansión territorial en la restauración de la rentabilidad por la pseudotemporalidad. Por la hegemonía se aceptan los sacrificios actuales a cambio de la promesa de un porvenir de mayores salarios y empleos, de acuerdo a un índice de transformación de ganancias en inversiones que permanece indeterminado y que es objeto de disputa política. El problema es, en este caso, obtener inversiones con una baja tasa de ganancia. Por la extorsión se aceptan sacrificios actuales bajo amenaza de que puedan ser aún mayores, tal como efectivamente lo fueron en algún momento anterior, por ejemplo, en épocas de estancamiento con inflación. Es políticamente inferior a la hegemonía y busca generar la demanda del mismo producto que tiene para ofrecer, es decir, protección. Pero es igualmente eficaz para producir consenso, aunque sin reproducir sus bases materiales, como en la hegemonía. Las víctimas tienen que conformarse con no estar peor, y los victimarios se esmeran en hacer verosímiles sus amenazas. La burguesía deja de representar el futuro como en la hegemonía porque maximiza las ganancias de corto plazo y porque las altas tasas de interés disuelven el futuro, mientras que los trabajadores, a la defensiva por la crisis inflacionaria previa, aceptan los niveles salariales ante la posibilidad de desempleo.

Si la hegemonía genera expectativas para luego enfriarlas, la extorsión agita catástrofes a los que también prorroga, porque son incumplibles en la medida que remiten a un tiempo inexistente. Una indefinición temporal siempre posible porque la hegemonía cuenta con un futuro que puede ser pospuesto y porque la extorsión acude a un pasado que puede ser agitado. Las teorías de raíz gramsciana no han contemplado esta segunda salida chantajista de la crisis, que no llega a ser mafiosa en tanto carece de metas premodernas pero que estabiliza al capitalismo tanto como la hegemonía sobre la base de un pasado que nunca pasa o que nunca se supera. Ambos recurren, así, a una transacción que tiene al diferimiento como horizonte infinito de una fuga cada vez más rápida hacia adelante. Es decir, tampoco es racional para los trabajadores la segunda mejor opción, el compromiso de clases.



### Acción política y sujeto en el pensamiento de izquierda

Laclau ha renovado al pensamiento de izquierda, pero la desconexión entre movimiento y democratización aparece en su legado más como solución que como problema. A partir de la equivalencia de demandas, por la incapacidad del sistema para resolverlas una por una, y dado que comparten algún tipo de frustración, puede surgir el *pueblo* como construcción discursiva que divida a la sociedad en dos campos antagónicos. Una de esas demandas se vuelve hegemónica al encarnar una plenitud ausente, que es el reverso imaginario de esa situación generalizada de privación, un significante que puede ser adoptado por agentes de signo político completamente opuesto. El término *justicia*, por ejemplo, no tiene nada que anticipe que será asumido por un movimiento democrático o por uno antidemocrático. Sin embargo, esto no implicará un “vale todo” porque la asunción de significantes se lleva a cabo en un contexto normativo que nunca es cuestionado en su totalidad. Si postuláramos un dogmatismo procedimental, dice, no resolveríamos nada porque sólo quienes comparten ciertos valores sustanciales pueden aceptar como legítimos ciertos procedimientos; es decir, para resolver qué diferencias son aceptables y cuáles no, no habría un criterio independiente y sería un error buscarlo al margen de las luchas sociales de cada momento. La dificultad aquí es que si hay valores sustantivos compartidos que subordinan a los procedimientos, estos serán convertidos en *instrumentos*. Si estoy de acuerdo sólo con las reglas que resguardan materias prepolíticas y predemocráticas (como la propiedad privada y el libre mercado), adhiero al instrumentalismo dilatorio típico de las constituciones liberales. Además, los contextos son producidos o delimitados por decisiones anteriores, y como la primera también estará sometida a un contexto dado, volvemos a la regresión que coloca en desventaja a la acción al quedar sin punto de apoyo en un principio de referencia indiscutible. La ausencia de fundamento, y la consiguiente búsqueda de un fundamento tan necesario como imposible, convierte a la acción en una lucha eterna por fracasar cada vez mejor. Quizás por esto, Laclau recomendó finalmente un cierto equilibrio entre populismo e institucionalismo que nos coloca en la posición del observador que desde arriba dictamina de modo objetivista sobre el funcionamiento del sistema.

Al distinguir entre oposición, contradicción y antagonismo, propuso que la primera supone complementariedad entre los opuestos, que la segunda se define por una negatividad ficticia que contiene su autosuperación, y que el antagonismo alude a una incompatibilidad por la cual la



sociedad nunca logra constituirse en orden objetivo. Esta última negatividad sería irrecuperable porque, expresando la ausencia de sentido en la estructura, exige una fijación parcial de sentido por medios retóricos, capaces de representar parcialmente aquello que es irrepresentable. Sin embargo, pareciera que, aún sin fundamento, la estructura del capitalismo “cierra”, y cierra “totalmente” por medio de la transacción destemporalizadora, como la de los compromisos aludidos, y que se manifiesta en la desconfianza que aumenta los costos de actuar colectivamente. En vez de una plenitud ausente que mantendría abierta a la estructura, aparece un vacío temporal que la clausura. Este se puede detectar, por ejemplo, en el déficit público real y potencial del Estado (todo lo que dejó sin hacer y tampoco hizo el sector privado), financiado por medio del endeudamiento externo que es, precisamente, uno de los mecanismos de fuga.

La negatividad puede ser eliminada según un proyecto de sociedad reconciliada, institucionalizada como espacio de antagonismos, o neutralizada por la administración apolítica de expertos. En ningún caso conducen a la democratización. Pero hay una negatividad aún más profunda que rechaza incluso la fijación parcial de sentido y es la de los actos de rebelión no reintegrables que conforman una voluntad colectiva

*intencional* en tanto revalorizan el “futuro actual” hasta el punto de desestabilizar cualquier “curva de indiferencia”. El valor del futuro representa la capacidad de espera de la sociedad a lo largo de una trayectoria cuyas coordenadas son los bienes públicos y los sucesivos momentos cronológicos. Si le da lo mismo obtener dos bienes públicos en el momento  $t_1$ , a obtener quince en el momento  $t_2$ , significa que ese valor es muy bajo. En cambio, un valor exponencial, o una elevada tasa de descuento temporal, por usar

***Ni los derechos humanos ni la soberanía popular son segundas fuentes de legitimación una respecto de la otra. Son igualmente originarias, y esta fue la intuición tanto de Rousseau como de Kant, que establecieron una relación interna entre libertad y razón. Así concebidos son incompatibles con las reglas instrumentales y dilatorias del sistema constitucional, que antepone materias a una soberanía procedimentada y pospone la materialización de derechos prioritarios.***





la jerga de los economistas, aniquila cualquier posibilidad de transacción. La voluntad de los rebeldes se define por este valor sin medida del futuro, un excedente que los sustrae al proceso repetitivo de la historia. No representan la imposibilidad de un orden objetivo que puede ser reparada provisionalmente por algún hegemonismo contingente, sino una parte que no quiere ser parte del todo ni de ningún otro todo. No son, necesariamente, los sin parte, sino la parte que quiere preservar su autonomía, que es irrepresentable y que no tiene nada que representar. Es antisistema y no prefigura un sistema alternativo. El sujeto, en estos términos, es sujeción a reglas de *justicia procesal* “pura” o “perfecta”, inmanentes a toda rebelión, que producen un intervalo o suspensión en la causalidad fáctica y normativa.

Este tipo de negatividad pasa a ser realmente irreductible en la medida de su coherencia con estas reglas, que no anteponen ni posponen ningún contenido, ni originario ni final. La primacía del procedimiento sobre cualquier contenido y la prioridad de la participación en cualquier contenido (de modo tal que quienes no fueron parte de la decisión lo sean en la inmediata ulterior), no proceden de ningún cielo teológico o metafísico sino que son asimilables a la soberanía popular y a los derechos humanos, cuando estos no se limitan ni se oponen sino que se *suponen* y *posibilitan*, y que en mediación recíproca disuelven toda tradición, aún la propia, y todo contexto, aun el de la decisión. Ni los derechos humanos ni la soberanía popular son segundas fuentes de legitimación una respecto de la otra. Son igualmente originarias, y esta fue la intuición tanto de Rousseau como de Kant, que establecieron una relación interna entre libertad y razón. Así concebidos, son incompatibles con las reglas instrumentales y dilatorias del sistema constitucional, que antepone materias a una soberanía procedimentada y pospone la materialización de derechos prioritarios.

Las rebeliones no anticipan “un” futuro. Sólo se reafirman por la coherencia con sus presupuestos pragmáticos, que no pueden dejarse de lado sin recaer en modalidades reactivas de impugnación ni fundarlas sin retroceder a la petición de principio. Sea cual fuere su fuerza ilocucionaria, poseen una fuerza moral que no se emparenta con plenitud alguna ni con ideas sustantivas de bien. Esa fuerza les da el doble carácter de ruptura incondicional y de apertura ilimitada que constituyen a *lo político* como tal. No modifica el pasado por medio de una reinterpretación, como propone Žižek, para quien el verdadero acto político no es una rebelión que interfiere en la inercialidad histórica que devora al presente y al futuro sino aquel que genera de forma retroactiva sus



propias condiciones de posibilidad. Lo que primero es contingente pasa a ser retroactivamente necesidad interna de un proceso. Por eso hay que dejar de lado, dice, la noción de “tiempo histórico” lineal, incapaz de dar cabida a la paradoja de autocreación, ya que sólo cuando algo ha acontecido es posible descubrir qué era posible hacer. El hegeliano Zizek recurre aquí al antihegeliano Deleuze que habla de la génesis de lo real a partir de lo virtual. No se refiere a una génesis evolutiva sino al carácter estático del campo virtual, que halla su expresión más radical en el pasado que contiene posibilidades todavía realizables. Tampoco significa que este pasado a priori suponga una idea determinista del universo sino que es susceptible de cambiar, añade, mediante “la existencia de un nuevo presente”, siendo que somos menos y más libres de lo que pensamos: estamos absolutamente determinados por el pasado, pero lo podemos sobredeterminar.

Ahora bien, si estamos marcados por el destino pero podemos elegirlo, ¿cuánto hay de destino y cuanto de elección? Sin explicar cómo puede surgir ese *nuevo presente*, también Zizek da por descontado un horizonte temporal siempre disponible cuando, en realidad, el presente es vaciado por hegemonía o por extorsión, empujando nuestra libertad a la nada. Interrumpir la serie requiere revalorizarlo como futuro, como lo hacen los actos de rebelión que van en serio. Parece difícil que se pueda transgredir el funcionamiento del sistema mediante la simple reinterpretación y sin referencia en reglas procesales de justicia, las mismas que “sujetan” a una rebelión para convertirla en “pueblo”. Los rebeldes no “eligen” un destino ni tampoco tienen uno. Están completamente expuestos a la masacre o a la indiferencia. Son imprevisibles e inmensamente frágiles porque *ya* no son parte de una historia que los pueda contener ni cuentan *todavía* con un tiempo independiente específico de la toma de decisiones autónomas.

Sin embargo, también son susceptibles a la confianza. Pueden volverse confiables para una parte del sistema, para otros afectados que se implican sin el propósito de recibir o de dar confianza. Si convergen con el acontecimiento de la rebeldía, la fuerza moral emergente de los rebeldes se transformará en *fuerza emplazante*, un *tempo* de la acción como resultado no intencional. La confianza, en las antípodas del cálculo y de la fe, siempre es limitada y limitante, y al poner un límite al valor del futuro, lo temporiza, lo acota a una finitud que urge a cambios que hace posibles al superar la desconfianza que inhibe la acción. El plazo surgiría, en estos términos, como subproducto lateral de la resistencia, a semejanza de la



espontaneidad, el sueño, la autoestima, aproximadamente en el sentido que interpreta Jon Elster a estos estados. Como interrupción de la historia por el tiempo, como imaginaba Walter Benjamin, pero no como “débil fuerza mesiánica” que proviene de un pasado injustamente derrotado sino como emplazamiento que opera como patrón de racionalidad: qué se hace antes, qué se hace después, pero “ahora” y sin demoras. Si, por el contrario, la razón es retroactiva, nunca podremos saber si lo que estamos protagonizando es democrático o no, o hasta qué punto, ya que un criterio *ex post* quizás sea instructivo para las próximas decisiones pero inútil para las actuales. No es casual, en tal sentido, la ambivalencia o el desprecio de Žižek por los movimientos en los que Chávez, Lula, Kirchner, Evo y Correas pusieron su confianza. El chavismo no se entiende sin el Caracazo, ni el kirchnerismo sin el primer Cutralcazo. Al negarse a jugar el juego extorsivo, básicamente financiero, apostaron a los potenciales de resistencia popular, obteniendo un tiempo de realizaciones sin violentar la legalidad liberal, o más bien aplicándola al extremo, lo que exaspera a sus enemigos. Sus políticas poseen un índice de factibilidad por contar con los potenciales de una rebeldía que puede actualizarse en cualquier momento como valor del futuro y garantía última de continuidad. Por eso es que han liderado una doble transición: por un lado, conducen de la extorsión a la hegemonía y, por otro, de la hegemonía a otro tipo de sociedad. Mientras que sus adversarios intentan restaurar las políticas de los 90, con la colaboración de un orden mundial que sigue siendo extorsivo y con la violencia instintiva de quienes intuyen que, como en la década de 1960, si el pueblo sigue activado, el Estado reconstruido podrá poner el capital al alcance de la democracia.

La teoría crítica como dialéctica de la Ilustración descartó la necesidad histórica de la revolución y postuló que ya no surgirá de una sociedad totalmente administrada a partir de sus contradicciones en virtud de su autosuperación inmanente sino que la superación procederá desde un *Afuera* no mediado. Esta posición ha sido cuestionada porque supondría la desaparición de la “negación determinada”. Sin embargo, los actos de rebelión constituyen, justamente, ese *Afuera* no mediado como negación indeterminada pero que, eventualmente, rescatará la “negación determinada” si accede a un plazo dentro del cual es posible totalizar al sistema y dialectizar a las rebeliones como contradicción.

El plazo que surge de la confianza en las rebeliones populares parece desbloquear al “tiempo que nos falta”, que en Habermas aparece como límite



de los principios de validez, en Przeworski como brecha entre el corto y el largo plazo, en Laclau como irresolución entre lo que es democrático y lo que no, en Žižek como variable que surge después de haber tenido lugar. Mientras la coherencia hace de la rebelión un acto persistente, una negatividad incondicionada en sentido trascendental pragmático, la confianza es el vínculo que la inviste de un plazo, condición de posibilidad de la democratización para avanzar sin ser destruida o sin autodestruirse. Es un tiempo que contiene a la acción y a la vez la conmina, un vínculo a término o eslabón perdido entre rebeliones populares y políticas democratizadoras y criterio de elegibilidad entre alternativas factibles a decidir “de inmediato”. La pregunta, reformulada, es si “haremos tiempo” de atravesar el *valle de transición*, de descomprimir la presión para no tomar decisiones unilaterales, de contrarrestar la dilación inherente a las reglas instrumentales y de detectar dialécticamente lo positivo en lo negativo del proceso histórico. No para estabilizar un sistema sino para preservar a la acción de su colapso sin tener que respaldarla en ninguna astucia o inteligencia de enjambre o de hormiguero, porque no puede depender de un horizonte indefinido de realización.

### **Izquierda democrática post-espacial versus capitalismo extorsivo**

No habrá ningún movimiento tácita o abiertamente anticapitalista que pueda enfrentarse a la endogeneidad de las preferencias que lleva a la servidumbre voluntaria o a que las víctimas voten por sus victimarios sin una fuerza moral como condición necesaria de una razón emplazante que, como el cable de autorremolque de un vehículo, sustrae a la acción de la historia como repetición. Mientras la derecha se atrinchera en la legalidad del sistema con políticas de aplazamiento, la izquierda, si no quiere sumarse a ellas por la vía de una

***Al negarse a jugar el juego extorsivo, básicamente financiero, los líderes latinoamericanos apostaron a los potenciales de resistencia popular. Han liderado una doble transición: por un lado, conducen de la extorsión a la hegemonía y, por otro, de la hegemonía a otro tipo de sociedad. Mientras que sus adversarios intentan restaurar las políticas de los 90, con la colaboración de un orden mundial que sigue siendo extorsivo, el Estado reconstruido podrá poner el capital al alcance de la democracia.***



radicalización delirante, tiene que pensarse como izquierda post espacial. Para la interpretación dominante, el futuro de la izquierda depende de que cambie de ideales, sin advertir que fuera del tiempo construido colectivamente carece de sentido discernir entre ideas alternativas igualmente inviables. No dependerá de que las condiciones “maduren” o del mayor o menor extremismo en su ideas igualitaristas o libertarias sino de la capacidad de emplazamiento que procede de la confianza que enlaza a los implicados “por un tiempo”. Este plazo como mandante y mandato es el que algunos gobiernos sudamericanos poseen; podrá ser breve, pero es el único que hay.

Las imágenes espaciales de “derecha” e “izquierda”, que se cargan y descargan semánticamente según épocas y lugares, han perdido sentido dentro de un ciclo capitalista en el que la expansión territorial de la acumulación ya no opera como válvula de seguridad. Hasta que no ocupó el mundo, el capital podía desplazarse frente a las luchas locales y llevar su reproducción a una escala territorial más amplia, tal como propuso Giovanni Arrighi. Un nuevo ciclo se iniciaba cuando el capital sobreacumulado se apoderaba de nuevos activos y los trasladaba a un uso rentable en un área geográfica mayor, hasta que, de nuevo por presión de la competencia, los monopolios de punta eran socavados y la masa de beneficios hacía caer la tasa de ganancias, apareciendo más capital del que se podía invertir ventajosamente en la producción, reiniciándose la etapa financiera. Ciertamente, la historia de los últimos 500 años es la de la rotación del capital y la circulación de la mercancía como proceso repetitivo, cada vez a mayor velocidad. Pero las luchas políticas, que Arrighi no logró integrar satisfactoriamente a su modelo, son interrupciones intermitentes que alteran el ciclo y obligan a reemplazar las formas de dominio.<sup>1</sup> Cuando el espacio para la fuga hacia adelante se agotó a mediados del siglo XX y el mercado fue mundial, el sistema se estabilizó por hegemonía y por extorsión, que implementan intercambios falsamente temporales que, al no hallarse subordinados a ningún plazo políticamente exigible, reducen al pasado y al futuro a un presente perpetuo. ●

1 Una izquierda global emplazante asume al Estado nacional no como algo previo, un sustrato o esencia o materia prepolítica, sino como estructura a reconstruir según reglas de validez.

